

## América Latina y Europa: procesos paralelos de integración

■ Giorgio Napolitano  
Presidente de Italia

Exposición realizada en la sede de la CEPAL el 19 de marzo de 2008.

Es un placer estar aquí hoy, como huésped de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Desde hace mucho tiempo debemos a esta institución prestigiosa, que en 2008 cumple 60 años desde su creación, los estudios más atentos y documentados acerca de la situación económica en esta parte del mundo. Desde su fundación, la CEPAL ha brindado un aporte importante a los debates sobre las estrategias de desarrollo en América Latina y ha sabido actualizar paulatinamente su enfoque en relación con la evolución política y económica de la región.

El reciente Estudio Económico y el Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe confirman una valoración positiva de la fase que está experimentando América Latina, aunque no se descuidan las consecuencias de la volatilidad de los mercados financieros así como la incógnita que hoy en día presentan las perspectivas de la economía mundial.

Observando la situación desde Italia y Europa, nos impacta el crecimiento sostenido registrado en América Latina desde hace ya varios años, con el histórico viraje hacia el superávit de la balanza de pagos debido al aumento de las exportaciones y de las inversiones directas desde el exterior, la marcada mejora de las cuantías públicas y la contención de la inflación.

Al hacer hincapié en estos datos, deseo elogiar el esfuerzo que se ha producido en la región cuyos resultados hasta hace unas décadas parecían impensables o alcanzables con dificultad. Y es este un elogio a las fuerzas sociales y políticas que han sabido expresar un proceso de renacimiento y consolidación de la democracia, contribuyendo de manera positiva a realizar políticas económicas y financieras equilibradas y eficaces.

Conocemos los recursos excepcionales de la región. Y, por lo tanto, es en el interés de todos ustedes, de la economía mundial y de la comunidad internacional en su totalidad, que América Latina y el Caribe consigan disfrutar de sus enormes potencialidades.

Es justo centrar la atención sobre la exigencia de alcanzar una continuidad, una sostenibilidad a lo largo del proceso de desarrollo, liberándose de la ya demasiado reiterada alternancia entre períodos de crecimiento acelerado, pero sin bases sólidas y por lo tanto no duraderos, y períodos de profunda crisis. Si América Latina no quiere malgastar, como desafortunadamente ya sucedió en el pasado, la oportunidad que se le presenta hoy, será preciso realizar las inversiones necesarias para diversificar los sectores productivos y abrir a las exportaciones las economías de los países de la región, manteniendo al mismo tiempo un adecuado rigor presupuestario y garantizando la certeza del derecho. Será sobre todo necesario desarrollar el indispensable capital humano mediante la mejora de las condiciones de vida de la población, en particular en los sectores de la educación y la salud, junto con una progresiva reducción del área de exclusión social.

En general y sobre todo ante las dificultades que está sufriendo la economía mundial, el avance de la integración regional puede desempeñar un papel esencial, inclusive por medio de redes infraestructurales que faciliten el desarrollo y permitan superar barreras físicas, psicológicas e históricas del pasado. Lo que Chile está realizando, junto con Bolivia y Brasil, acercando la orilla del Pacífico a la del Atlántico es un ejemplo claro de una voluntad fuerte en este sentido.

De momento, América Latina y el Caribe son el escenario de proyectos de integración de diversa extensión y profundidad, que constituyen un mosaico complejo, fruto de la diferencia de situaciones, intereses, dimensiones y ambiciones de

sus integrantes. Sin embargo de acuerdo con la trascendencia política que revisten estas iniciativas, existe una marcada exigencia de participación en un plan común y es precisamente esto lo que fomentaría una razonable confianza.

Indudablemente, si subrayamos esta dimensión y caracterización del nuevo desarrollo de la región latinoamericana, lo hacemos con el bagaje de experiencia de la integración europea. Una experiencia que no deseamos presentarles despojada de críticas, sino más bien en toda la complejidad de su recorrido.

Desde la puesta en marcha de la empresa comunitaria, en Europa hemos recorrido un largo camino en más de cincuenta años, que les podría interesar a ustedes no tanto como pauta sino más bien para estudiarlo y aprender de sus enseñanzas. Empezamos con seis países reuniendo los recursos, estratégicos en aquellos años, del carbón y el acero; fue en primer lugar un proceso político con el objeto de la reconciliación entre Francia y Alemania, para construir la paz en el corazón de Europa. Más adelante, ante la inmadurez del desarrollo lineal y rápido hacia una unidad política de Europa, se optó por profundizar la integración económica con la Comunidad Europea de antaño –aún formada por seis países– que fue instituida con los Tratados de Roma de 1957.

La clave fue aún, y siempre más, un ejercicio de soberanía compartida por medio de la libre concesión de cuotas de las respectivas soberanías nacionales e instituciones supranacionales. Se empezó con la realización del Mercado Común, entre altibajos. Luego, en 1989, al cambiar el marco europeo y mundial, se dio un paso hacia la moneda única y los nuevos objetivos políticos, entre los cuales ocupa un lugar destacado la política exterior y de seguridad común. Al tratado de Maastricht se acompañaron la reunificación alemana y la apertura hacia la ampliación de la Unión Europea a toda la región central y oriental, anteriormente insertada en el sistema y en el bloqueo soviético.

¿Por qué me refiero a las etapas de nuestro recorrido? Porque nos brindan unas lecciones fundamentales y simples. 1. Perseguir con tenacidad el gran diseño de la integración, eligiendo, de ser necesario, un camino diferente respecto del que se había planeado, sin ceder frente a las dificultades y

sin dejarse llevar por el pesimismo y el escepticismo en los momentos de crisis; 2. Seguir paulatinamente, sin esforzar, el proceso, recordando que, indudablemente, el camino más largo y difícil es el de la integración política, respetando las diversidades, en una relación dialéctica entre Estados nacionales e instituciones supranacionales.

Desde este punto de vista, al estudiar el proceso de integración de Europa y observando lo que se está delineando y poniendo en marcha en esta región, ustedes podrán, quizás, decir «*de te fabula narratur*».

No deseo subestimar los aspectos críticos, los puntos débiles, las contradicciones que ha presentado a lo largo de los años la construcción europea y que pueden aún afectarnos gravemente frente a los desafíos complejos que la Unión Europea deberá encarar en un futuro cercano. La crisis del Tratado Constitucional firmado en Roma en 2004 y rechazado, o no ratificado, por un grupo no irrelevante de países –empezando por Francia con su referéndum del 2005–, así como la atormentada superación de la crisis institucional con el acuerdo sobre un más modesto Tratado de Lisboa, han subrayado una voluntad política común insuficiente ante las urgentes y objetivas necesidades de relanzar e impulsar el proceso de integración y unificación europea.

El mundo –no hace falta subrayarlo– ha cambiado radicalmente en la última década. Hemos asistido al surgimiento de nuevas potencias, al cambio de los equilibrios y de las relaciones de fuerza en la economía mundial, al asomarse a la escena mundial nuevos protagonistas, desde los colosos asiáticos hasta las realidades más grandes y dinámicas de América Latina. Nosotros, los europeos, tenemos que tomar plenamente conciencia de ello, valorando como revisión y corrección justamente invocada, desde hace mucho tiempo, la modificación intervenida en los términos de intercambio en favor de los productores de bienes primarios, los países en desarrollo o gravemente atrasados. Hay que saludar también como factor de progreso en la condición humana, a nivel planetario, el ingreso de estos países en la producción de bienes que fueron monopolio de los países más desarrollados y, por lo tanto, en un sistema de relaciones comerciales y económicas cada día más competitiva.

Mirando ese cambio radical, las clases dirigentes y la opinión pública europea tienen que mantener un sentido realista de la medida, junto al más coherente reconocimiento de la necesidad de tomar decisiones valientes. Digo eso con un convencimiento especial, hablando a ustedes, que representan una voz importante en América Latina. Si frente al profundo cambio que se ha verificado y que todavía sigue llevándose a cabo Europa se pusiera a la defensiva, incluso cediendo a la tentación –que planea– de un proteccionismo lleno de veleidad, cometería el más grave de los errores. Esto sería, exactamente, una veleidad o una ilusión, más capaz de hacer daño, de producir consecuencias muy negativas para las relaciones económicas internacionales y, por la misma causa, de Europa.

Europa no puede sustraerse a los desafíos de nuestra época. Deberá tomar conciencia de una inevitable reducción de su peso en la economía mundial y, al mismo tiempo, comprender que en el futuro dicho peso será mayor o menor según su propia capacidad de conquistar posiciones en una competición nueva. De ahí la exigencia, para los países de la Unión Europea, de apuntar a la investigación, a la innovación tecnológica y a una más avanzada especialización productiva. En general, más allá de la economía, Europa podrá desarrollar un papel de primer plano en el mundo del futuro únicamente si habla con una sola voz, si se mantuviera unida, si utilizara sus fuerzas en total sinergia.

Al fin y al cabo, todos estamos sumergidos en la época de la globalización. Todos: Europa y Estados Unidos, potencias antiguas y nuevas, los países emergentes de Asia y de América Latina. Y todos debemos esforzarnos para que la globalización siga un recorrido sostenible, bajo cualquier perfil, y más aceptable para los habitantes de todos los continentes. Sostenible en primer lugar en la relación con el medio ambiente, que está sufriendo un grave deterioro y un riesgo de degradación creciente. Al respecto, la atención al cambio climático por parte de la Unión Europea y su decisión de emprender una política integrada para la energía y el clima merecen una mención positiva, como signo de presencia e iniciativa.

Imprimir una orientación más aceptable a la globalización quiere decir hacer lo posible para que sus frutos puedan ser

compartidos en todos los rincones del mundo, sin ninguna exclusión; y pienso sobre todo en África. Es preciso evitar que persistan o que empeoren desequilibrios intolerables.

La globalización, y el crecimiento que esta estimula, deberán ser sostenibles y aceptables también desde el punto de vista social. En efecto, por doquier las desigualdades se multiplican y no se acelera la movilidad social. En Europa el modelo del Welfare State se ha visto sometido a una dura prueba, así como el modelo de diálogo y concertación entre las partes sociales, que han garantizado a lo largo del tiempo un alto nivel de cohesión social. Tanto en Europa como en contextos muy diferentes se impone un nuevo, gran compromiso para volver a reflexionar e investigar sobre temas como la lucha contra la pobreza y la exclusión, y la promoción el equilibrio social.

Construir un orden social más justo representa por lo tanto, hoy más que nunca, un gran tarea común en la que pueden participar de forma eficaz conglomerados regionales –continentales o subcontinentales– ya formados, como en Europa, o que podrían realizarse, como en Latinoamérica. Dichos conglomerados pueden convertirse en las principales palancas de un nuevo sistema de relaciones multilaterales.

Por ultimo: globalización no quiere decir crecimiento garantizado e ininterrumpido, sin riesgo de crisis o paros. Lo vemos perfectamente hoy con la crisis del mercado norteamericano de créditos hipotecarios y como esta repercute en la economía real, no solamente en Estados Unidos. De ahí la desaceleración del crecimiento de la economía mundial prevista para 2008, que afectará inclusive a los países emergentes, aunque los golpes procedentes de los países avanzados ya no tienen el impacto que tenían en el pasado.

Al mismo tiempo, el crecimiento tan sostenido de India y China se traduce en una presión sobre la demanda y el coste de la energía y de los productos alimenticios. Esta presión ya no se puede exorcizar y provoca preocupantes tensiones inflaciones.

Queridos amigos, les he recordado cuáles son los desafíos y las incógnitas que deberemos encarar a corto y a largo plazos. Es importante debatirlos y detectar juntos una hoja de ruta para un compromiso compartido. La mejor oportunidad

nos la brinda la Cumbre Unión Europea-América Latina que se celebrará el próximo mes de mayo en Lima. Por lo que se refiere a la Unión Europea, la cumbre tendrá que borrar la equivocada percepción de que América Latina no forma parte de nuestras prioridades. Italia, sin lugar a dudas, desde hace tiempo está relanzando en forma decidida y a todo nivel las relaciones con América Latina.

Creemos en la vitalidad democrática y en el dinamismo de crecimiento de esta área tan rica de historia y recurso. Creemos en la perspectiva de una integración que fue el sueño de Simón Bolívar y de José de San Martín, gracias a un entramado lingüístico, cultural, social y económico que les une, más allá de las características específicas y respetando las peculiaridades nacionales.